

FIESTAS DE SAN TELMO 2006

PREGON LITERARIO DE IGNACIO FERNANDEZ SOBRINO

Buenas tardes a todos. Quiero, antes que nada, darles las gracias por estar aquí, darles la bienvenida a este pregón, antesala de las fiestas y quiero, evidentemente, intentar, bueno, no intentar, sino conseguir hacerme acreedor a la confianza atribuida por el ayuntamiento de Frómista para ofrecer este pregón. Agradecer, en primer lugar, a la Corporación Municipal, representada por su alcalde, la gentileza, un tanto osada, de atribuirme la concesión de este pregón. Me encanta porque aunque no nací aquí, sino en Palencia sí lo hizo mi madre, toda la familia materna, y he pasado muchos ratos y muchos veranos y bastantes oles y momentos fundamentales de mi vida. Quiero saludar también a las autoridades que aquí se encuentran, singularmente a los presidentes de mis diputaciones, la de Palencia, que es mi provincia de nacimiento, y la de Valladolid, que lo es de mi adopción. Gracias a Enrique Martín y a Ramiro Ruiz por encontrarse aquí esta tarde. Además, las gracias más sinceras al presidente de la Diputación de Burgos, Vicente Orden Vígara, que han mantenido además una reunión en la tarde de hoy aquí. Bueno, como lo mío es dar noticias, les cuento que esta tarde se ha celebrado la reunión del Consorcio para la Gestión Turística del Canal de Castilla, que prevé la para la aprobación del presupuesto ordinario para el ejercicio 2006, además de la plantilla de personal y el informe sobre las actuaciones a desarrollar durante este año. Les deseamos mucha suerte en este importante empreño, como es el de relanzar adecuadamente la dimensión turística del Canal. Saludos también al Consejero de Medio Ambiente de la Junta de Castilla y León, mi buen amigo Carlos Fernández Carriedo, que también se encuentra esta tarde aquí en un pueblo que le es cercano, porque nació cerca de aquí, en Husillos. E igualmente, al delegado territorial de la Junta en Palencia, José María Hernández, la Directora General de Comercio, Córdula García

Vuelvo aquí esta tarde al pueblo tras haber recorrido muchos caminos, tras haber efectuado un largo paréntesis sin regresar y tremendamente ilusionado porque el pueblo está preciso y la ocasión es extraordinaria. Ya saben lo que se dice: gracias por venir.

Me di cuenta de que había pasado mucho tiempo, es decir, de que pasa la vida, cuando un buen día di la vuelta a la esquina y me lo encontré. Me interesa mucho recalcar que la impresión fue posible porque el tiempo de las cosas que no retornan fue muy, muy largo. No es cuestión de buscarle explicaciones, pero nada me hizo regresar a Frómista durante largos años. De una parte, la lejanía de vivir muy distante, incluso con el mar por medio, imposibilitaba el regreso cotidiano. Además, el mundo moderno enseguida nos orienta por las ciudades y nos convertimos en meros urbanitas antagónicos de los pueblos. Abandonadas, por lo tanto, a la memoria, las imágenes van adquiriendo tonos distorsionados.

Por eso, cuando me lo encontré tuve que redimensionar ese capítulo de mi vida para que todo adquiriera las justas proporciones. Lo primero, colocar las imágenes por orden de aparición. Difícil, imposible yo diría. Por ejemplo, las más antiguas tienen que ver con una verbena. Recuerdo que mis padres me dejaron en casa y se fueron a la fiesta, creo que era la romería del Otero. Me parece que la canción del momento era la del tío Calambre, de Luis Aguilé, que siempre recordaré que me causaba gran impresión por lo de la sangre. Quizá recuerden que al que contaba la historia le había dejado el tío Calambre hecho unos zorros porque le hizo una transfusión que le dejó tiritando. Era verbena pero no había peñas. Otro recuerdo primero que tengo, pero también sin datar, de los veranos de pequeño, es el del fuerte tortazo que me arreé cuando me encaramé a horcajadas sobre la piedra del milagro y fui a caer sobre la calle con gran dolor, chichón posterior enorme y gran estrépito, a riesgo de no haber podido llegar a contarle aquí, en este pregón.

Yo recuerdo de entonces todo esto y me puse a clasificarlo porque mi sorpresa fue el tamaño. Al otro lado de la carretera, que había que tener cuidado al cruzar, había un convento de monjas. Eran señoras rumbosas y creo que mi abuelo les echaba una mano. Recuerdo perfectamente aquella casa, dotada de un estupendo jardín, rematado hacia el final con una granja de aves llena de gallinas. Hoy queda la tapia. Brujuleaba yo el otro día por ella y mi anduve fijando. Por detrás de ella está ahora la residencia de ancianos pero se reconoce perfectamente en lo que hoy es jardín lo que antes era huerto y había gallinas. Yo tenía un pato, en la época en que a los chavales nos dio por tener pato en lugar de perro, porque nuestro héroe era el pato Saturnino. Nuestros héroes eran Don Gato, el Cheminova, Isabel Tenaille y este animalito. Quizá ahora resulte un poco insólito, pero a finales de los sesenta apareció en la tele una serie extranjera cuyo protagonista era un pato aventurero. La verdad es que impresionaba verlo como actuaba. Nos dio a todos por tener patos pero, crecían. Y alguien secuestró mi pato cuando su tamaño empezó a ser impropio de una vivienda urbana y el pato jamás volvió. Siempre pensé que había terminado en la granja de aquellas monjas, pero cuando

regresé, ellas también habían volado, como el pato, de modo que jamás encontraré su pista. Ya digo, yo creo que el pato quedó en los huesos.

Sí me pareció desproporcionada la distancia que mi memoria establecía entre aquel lugar y la estación del tren. En mis registros estaba pues, lejos. Sobre todo hecha a pie con maleta. Sin embargo, al volver, reandado el camino, también me di cuenta que la memoria calibra mal las alturas y peor las larguras. Recuerdo muy bien esa estación. Ponía en grande y sin acento: Frómista. Tenía una sala de espera de tamaño regular y las vías eran enormes. Se tragaba la distancia con Palencia en cuarenta minutos, pero los trenes chispa, que eran verdes, mondos y lirondos hacían un ruido del diablo. Se inclinaban un poco al llegar a la estación, como saludando, pero es que había desnivel hacia la derecha y el movimiento les salía reflejo. Siempre recordaré la imagen del jefe de estación porque eso es mandar. Para empezar, tenía gorra. Nadie en el pueblo tenía gorra de mando. La gente tenía boinas, mi abuelo tenía boina, pero la gorra del baranda de la RENFE era otra cosa. Tiesa, como almidonada, y con visera el tipo se la ponía para dar la salida. Se ayudaba de un pito cuyo sonido no he vuelto a identificar en ningún lugar, ni siquiera una vez que vi en Sevilla una eliminatoria eléctrica entre España y Dinamarca, un partidazo en que se puso de largo Cañizares. Pues ni el árbitro de este trascendental partido tenía un pito tan sonoro, tan punzante, tan decisivo como el del jefe de estación de Frómista. Y el tipo llevaba, a mayores, un adminículo en la mano que, convenientemente blandido y con un gesto de guardia urbano, mandaba para Mataporquera o para Palencia a los trenes con una presteza que, ya digo, eso era mandar.

Ahora, al volver, me parece que la estación está más cerca, claro, pero sigue en el mismo sitio, con la casa verde en la misma esquina sobre el tunelillo, pero ya sólo abre de nueve a nueve porque creo que hay un solo factor. De manera que, por la noche, los trenes ya no paran. Siguen de largo a toda pastilla, como los coches, que ahora tienen circunvalación. Me acuerdo de la 21. Era el nombre que tenía, pero nunca me pregunté a qué se debía semejante numeración casi “bidocenaria”. Estaba claro que era la última exclusiva del canal. Y su número dio nombre a la curva del camino donde solía haber accidentes. Es lo malo de las cosas que conocemos de pequeños, que las aprendemos mucho pero mal. Por ejemplo, el Canal de Castilla, que es a Frómista lo que las ruedas al coche o la campana a la espadaña. Pues bien, estaba ahí, formaba parte del paisaje y no nos fijábamos demasiado en él. Pero las aguas del Canal tenían más arriba y más abajo. Para mí podía ser un río natural o una obra artificial, bastante sabía yo.

En coche se llegaba antes que en tren y se entraba por el Canal y por la 21. Tu pasabas Monzón con grave afectación de la pituitaria, contabas, creo que siete, las veces que aparecía y desaparecía la torre de la iglesia de Amusco, rebasabas Piña y ya entrabas por la veintiuna. Entrabas en el pueblo en un periquete y te sentías bastante orgulloso de llegar del tirón. Me gustaba llegar a Frómista en coche. Al entrar, a la derecha, recuerdo que estaba teléfonos. Recuerdo en que los teléfonos tenían una numeración particular. Y que una persona sentada frente a un panel lleno de agujeros iba introduciendo clavijas de acuerdo con el destino de la llamada entrante. Era totalmente digital, dada la presteza con que manejaba los dedos y un rosetón de marcar de esos que hacían ruido, que cada llamada tenía su emoción y su sustancia. Y cada marcación era una aventura porque el retorno de vuelta del rosetón se tomaba su tiempo hasta poder marcar el número siguiente.

Me dijeron que se marchó a Valladolid. No sé cómo se llamaba la telefonista, pero cuando llegaron las centrales digitales la sustituyeron a ella y a la centralita. Pusieron el edificio de teléfonos que aún hoy puede verse y cambiaron los números. Desde entonces la única forma de enterarse de según qué cosas era poniendo la oreja en la Calle.

Pues eso, tú entrabas en el pueblo y dando alguna vuelta te lo encontrabas a la izquierda que es lo que me volvió a pasar a mí cuando vi San Martín y me pareció más pequeño. El pórtico que mira a la plaza tiene dos basamentos, uno a cada lado, y técnicamente ahí me crié yo. Tú te sentabas encima de uno de ellos y te ponías a mirar y veías cosas mágicas. Por ejemplo, mirando hacia arriba veías figuras de piedra que estaban bastante altas, de personajes allí pegados desde qué sé yo los años. Unos, con cara de sonrisa normal, que no daban miedo ni nada, pero otros tenían una sonrisa burlesca que parecía que te iban a largar alguna de un momento a otro, ciertamente peligrosa. La puerta solía estar cerrada, en general la iglesia solía estar cerrada. De cuando en cuando alguien aparecía con una llave de medio metro y la aplicaba a la puerta sur y para adentro de metía un grupo, normalmente turistas. Yo giraba alrededor de la iglesia, saltaba desde el altillo al suelo, podía hablar de torre a torre con otros y mientras tanto la vida pasaba. Muchos veranos me los pasé así. Bueno, también tenía otras diversiones. Enfrente estaba, y aun hoy, la Fonda Marisa.. Me parece que salían de su interior señoras jóvenes con rulos que hablaban. Contaban cosas de Eurovisión. Todas las tardes de verano me parecían tardes de sábado. Salían gentes a los dinteles a hablar, con las sillas puestas y las pantuflas. Eran gregarias y ruidosas, se comportaban como si tuvieran todo el espacio para ellas y vaya que si lo tenían. A la derecha había una gran tapia y dentro no sé. Y todo me parecía grande.

Vamos a ver: ¿a ustedes no les pasa que tienen sensaciones que les resulte difícil de explicar pero que saben perfectamente de lo que estamos hablando? Pues, eso es precisamente lo que me pasa a mí con las tardes esas de la calle de la Casa de mi abuela, en la Calle del Milagro. El sentido tiene perfectamente definido de qué va la cosa. Y la memoria lo entiende bien. Pero no es fácil explicarlo. Era una calle bulliciosa. En la casa de mi abuela, donde se criaron mis madres y mis tíos, fue, por lo menos eso creo, el milagro. Tenía desván. Cosa que las casas pues van ya no teniendo. El desván era pues eso, un lugar de depósito de cosas. Y había muchas, incluyendo el polvo. Recuerdo perfectamente los libros de Álvarez que, cuando los ojeaba, consideraba yo que el tipo ese tendría que ser bastante listo, si él había podido escribirse todo eso. Había también catecismos. Los libros religiosos daban un poco de miedo. La casa tenía una gloria. Se enrojaba. Había una radio vieja. El dial no tenía números, sino nombres de ciudades. Yo por entonces lo desconocía, pero entre los nombres de ese dial y el día de hoy está la historia de mi vida. Yo, por ejemplo, no sabía nada de Goteborg. Qué sabía yo de dónde se encontraba esa ciudad y qué sabía yo de ella. O Moscú. O Berlín. Luego, afortunadamente, he podido visitar muchas de ellas. Y, cuando llego a alguna, por ejemplo, cuando entré en Bolonia, me acuerdo de aquel mapamundi que era la Telefunken aquella. La radio era por entonces lo siguiente: tú ponías la Voz de Palencia y había corresponsal en Herrera o Alar, que eran pueblos que para entonces me parecían insólitos por lo lejano, pero no había corresponsal en Frómista del Cimbalillo. Nunca lo entendí, aunque más tarde supe que los corresponsales nos tenía Fernando Matía no donde quería sino donde podía. Sólo ponía la radio cuando podía, porque como no era portátil había que escucharla cuando no molestaba. Estaba pista de baile. Duraba una hora y ponían foxtrot. Estaba Retablo luminoso, que lo hacía los domingos Antonio Álamo. Estaba estafeta del disco, que tenía un club de oyentes.

De todo aquello me acordaba yo cuando volví. Y al doblar la esquina me encontré con San Martín me pareció que era más pequeño, pero es que hacía tanto tiempo que no volvía que había crecido y las proporciones me cambiaron. Le pasó a la Piedra del Milagro, todo rota y remendada de sucesivas roturas. La piedra siempre estuvo allí, la estola en el desván, pero nunca me preocupé nada del Milagro ese. Luego supe que tal Pedro Fernández de Teresa pidió dinero prestado a un judío llamado Matudiel Salomón. Vencido el plazo, no devolvió el préstamo, y el judío le denunció a la autoridad eclesiástica, que le excomulgó. El hombre, como se vio excomulgado, pagó los dineros al judío, pero no se preocupó de confesarse y aclarar su falta. Cayó Pedro Fernández gravemente enfermo y pidió confesarse con el cura de San Martín, Fernández Pérez de la Monja, quien acudió a administrarle los últimos sacramentos.

Cuando el párroco quiso darle la Forma, ésta se hallaba adherida a la patena con tal fuerza que no pudo separarla. Perplejo, el sacerdote preguntó al enfermo si había ocultado algún pecado o si acaso estaba excomulgado. Acordóse Pedro de lo sucedido con Matudiel y se lo explicó al sacerdote, quien le absolvió y le dio a comulgar otra Forma. Después, Pérez de la Monja tomó la Forma del Milagro, tal como estaba en la patena y la colocó en custodia en San Martín.

Pero para mi la piedra era una cabalgadura de tan pequeño, cuando mi cabeza no rebasaba aún el redondel que, representando a la forma, remata el cáliz de la estatua. Yo jugaba en aquella calle con un balón de plástico que tenía. Si le dabas una patada fuerte contra la pared lateral de la calle, ésta te la devolvía con bastante entusiasmo, pero asumías riesgos: podías chafar algunos de los cristales que cubrían las ventanas con las que se adornaba la pared y te exponías a una bronca por si sitio. Era el juego de los veranos.

Para mi era ir al pueblo y las imágenes que atesoro en la memoria de aquella época son el calibre del tiempo, es decir, me establecen la medida para mi entre el ayer y el luego, un punto de referencia exterior. Porque Frómista sigue en el mismo lugar, con sus cosas en el mismo sitio en atención, básicamente, al hecho de que el tiempo tiene aquí un ritmo diferente del que tiene más allá, no lo duden.

Hubo una época en que cuando íbamos al kiosko de la Plaza comprábamos por una peseta televisores cuyas pantallas estaban llenas de bolitas de anís. El éxito de estas televisiones, de los años sesenta, se debió a que era una golosina y un juguete. Había de distintos colores y con la fotografía o dibujo de un personaje famosos que servía de tapadera para guardar los anises. Estaban El Cordobés, El Santo, Topo Gigio, La Familia Telerín y muchos más. Jugábamos con este juguete y después nos comíamos las bolas con sabor anís. También buscábamos la bola en el interior del paquete de pipas Facundo porque si, al moderla, su interior tenía color rojo, te tocaba otro paquete de pipas gratis. Y comprábamos chicles CHEIW JUNIOR que se estiraban muchísimo y duraba bastante el saber a fresa. Además, se conseguían bolas gigantescas sin problema. Siempre pensé, por cierto, que estos chicles, por el nombre, se fabricarían en Minesotta o en Oklahoma, pero de mayor supe que Damel, la empresa que los inventó, estaba en Elche. Decepciones de la infancia.

Había una tienda cerca de casa que no me acuerdo cómo se llama, pero vendían Nocilla, qué merendilla. Lo bueno de la Nocilla era poder ponerte un buen lametazo del frasco y los regalos que te daban, sobre todo unos juegos magnéticos que alucinabas.

En fin, para mi, supongo que para muchos de ustedes, Frómista consiste en un escenario sobre el que se desarrolló el primer acto de mi vida, un lugar de recuerdos intensos, un génesis al que yo mismo asistía entre boquiabierto y pasmado porque estaba empezando a aprender todo. Con su dosis de cercanía y de lejanía, con la justeza del tiempo y del espacio, ni en el más allá de la montaña ni en el más acá de la capital. Creo recordar, espero no equivocarme y que los mayores pudieran corregirme, pero me parece que el periódico llegaba al día siguiente. Recuerdo dos que compraba en una casa cercana a la mía donde los vendían: el Pueblo y el Dicen. Pueblo era un periódico enorme, muy periódico en el sentido de grande, de tamaño, de olor y de letras, con la mancheta en rojo y, ya digo, oliendo a periódico. Me gustaba olerlo y me gustaba leerlo. Y el Dicen era deportivo y de color marrón, de portada y contra en papel brillante y me parece que se editaba en barcelona. También estaba el Marca, que lo presidía Jesús Fragoso del Toro y en el que Cronos hacía unas atrevidas caricaturas que no me gustaban mucho mucho. Creo incluso que de él me viene la afición a las caricaturas que tanto tiempo frecuente en una época en que las revistas y los propios periódicos eran muy aficionadas a publicarlos. Me gustaba porque las veía y tendía a repetirlas.

Eso mismo me pasaba con el Ole. Por ejemplo, durante mucho tiempo me he preguntado quien era la Tía Majita, la que, según el estribillo, puso el Ole, que no se quita porque lo dijo ella. Me preguntaba sobre la capacidad de mando de esa buena señora, capaz de mantener la procesión más alegre que conozco sin que nadie pudiera cargársela. A veces la procesión me asustaba, dados los magotorrazos que portaban algunos de los asistentes. Y me encantaba ver recitar las coplillas desde aquel ventanuco.

Año 1185. Nace en esa vivienda San Telmo. Su nombre era Pedro González Telmo, pero el pueblo lo llamaba Telmo, y como San Telmo ha sido invocado siempre por sus devotos que han conseguido de él muchos favores. En momentos de especial peligro los marineros han gritado: "San Telmo bendito, ayúdame", y han recibido ayudas que nadie ha podido explicar.

Siendo sobrino del obispo de Astorga, éste le costeó la educación religiosa para que se hiciera sacerdote, pero lo que buscaba Telmo no era salvar almas sino conseguir honores y Dios dispuso corregirlo. Y así fue que el día en que se dirigía lleno de vanidad por Astorga a tomar posesión de su puesto de presidente de los empleados de la catedral, el caballo en el que viajaba con tanto orgullo empezó a corcovear y lo derribó entre un barrizal, en medio de las risas de la gente. Telmo se levantó de esa caída y exclamó: "Ya que hoy el mundo se ha burlado de mí, de ahora en adelante yo me burlaré del mundo", y dejando sus puestos honrosos se entró de religioso dominico en un convento.

Después de haberse preparado muy cuidadosamente en la comunidad de los dominicos para dedicarse a la predicación, empezó sus sermones por pueblos y ciudades con gran aceptación de las gentes. Tenía que predicar en las plazas porque la gente no cabía en los templos. Su voz era sonora, su pronunciación perfecta y su estilo directo. Hablaba francamente contra los vicios y en favor de la buena conducta, y sus sermones producían efectos admirables. Pasaba muchas horas estudiando los sermones que iba a pronunciar, y muchas horas más rezando por los hombres a Dios, antes de hablarles de Dios a los hombres.

Y lo oyó predicar el rey San Fernando y quedó tan encantado de su modo de hablar que lo nombró capellán de su ejército en el que tuvo que dedicarse Telmo con todas sus energías a corregir vicios de los militares. Los militares de las altas clases sociales se sintieron muy molestos por los sermones de Telmo y él, al darse cuenta de que el ambiente de allí no era apto para su modo de obrar, se retiró y empezó otro apostolado: la evangelización de los pescadores y marineros en la región de Tuy. Y allí sí fue mejor aceptado, se dedicó a ser padre de los pobres, amigo de todos, consejero de los que necesitaban ser aconsejados.

Y sucedió que los marineros y pescadores empezaron a encomendarse a las oraciones de Telmo cuando se iban al mar, especialmente en tiempos de tormentas y vendavales. "¡Fray Telmo, encomiéndenos hoy que el tiempo está difícil!", le decían al embarcarse. El santo les prometía su oración y en plena mar brava cuando los remeros veían que se iban a hundir en las aguas formidables, exclamaban: "Dios mío, por las oraciones de Fray Telmo, ¡sálvame!", y sentían que misteriosamente se libraban de aquellos

inminentes peligros de muerte. En los procesos para su beatificación hay centenares de testimonios como estos. Un día en plena tempestad cuando varios pescadores estaban en grave peligro de perecer, San Telmo se puso a rezar por ellos y la tempestad se calmó rapidísimamente, sin que nunca antes hubieran visto una calma así de repentina.

En la Semana Santa a principios de abril al predicar un sermón se despidió de sus oyentes avisándoles que muy pronto pasaría a la eternidad. No era viejo. Había nacido en 1185 y apenas tenía 55 años. Pero su salud estaba muy débil a causa de tantos sacrificios y largas horas de estudio y frecuentísimas predicaciones. Estaba verdaderamente desgastado por tantos años de esfuerzos por conseguir la gloria de Dios y el bien de las almas y su propia santificación.

Y el 14 de abril del año 1240 murió.

Y desde entonces empezó una interminable serie de prodigios conseguidos por su intercesión: salvarse de naufragios que parecían irremediables. Calma instantánea de tempestades. Conversión de pecadores. Apaciguamiento entre los que estaban peleados. Solución de graves situaciones económicas. Y por muchos años y hasta siglos, los marineros de España y de Portugal, cuando estaban en gravísimos peligros, lo primero que gritaban era: "¡San Telmo bendito, protéjanos!". Y cuando las tempestades arreciaban, los que estaban en alta mar repetían: "Es hora de invocar a San Telmo bendito".

Ese es el Santo que a partir de hoy celebraremos, un Santo excelente. Alguna vez lo he contado por ahí, y parece una paradoja: el Santo Marinero nació en tierra de secano, pero también es cierto que constituye el hilván con el mar, que tan lejos está. Hubo mucha gente que se fue del pueblo buscando el Cantábrico, buscando Santander para trabajar. Pero también San Telmo nos enlaza con otros mares

Un Santo de aquí pero con raíces más allá. Por ejemplo, en Tui, en Galicia, localidad de la que es patrono y protector desde hace siglos y que acaba de celebrar sus fiestas. Pues bien., a los vecinos de esa localidad se sumó el pasado fin de semana una delegación de Frómista, hermanada con la

localidad gallega. Precisamente un grupo de tudenses se espera que llegue a nuestra localidad para vivir estas fiestas y muy especialmente, el Ole.

Hoy comienzan las fiestas de Frómista y les aseguro que el programa vale la pena, porque quienes lo han confeccionado han procurado esmerarse en programar actividades para todos, para los grandes y para los pequeños.

Mañana, Sábado, ATRACCIONES INFANTILES Por La Mañana Y, Por La Tarde, ACTUACIÓN DE PAYASOS Y MAGIA, Desfile De Peñas Y Partido De Fútbol. FRÓMISTA- CD. PAREDES. No Podría Faltar, Por La Noche La Verbena Amenizada Por La ORQUESTA IRIS.

El Domingo, Campeonato Provincial De Bolos Femenino, HUMOR Y MAGIA Y , Desde Las Diez De La Noche, EL OLE, Con El SERMÓN SATÍRICO. Y Traca Final Al Término De La Procesión En La Plaza De San Telmo Y Verbena En El Edificio De Usos Múltiples. Habrá Dos Concursos Durante La Procesión, El De La Mejor Porra. Premio (De 50 €.) Y Concurso A La Mejor Peña Que Baile Y Acompañe En La Procesión. Premio De 100 €. El Lunes, Gran Fiesta, Con DIANAS Y PASACALLES, PROCESIÓN RELIGIOSA EN HONOR DE SAN TELMO, Acompañada Por Los Danzantes Y La Banda De Música Y A Continuación SANTA MISA. Por La Tarde, HOMENAJE A LOS MAYORES. Y El Viernes, 28, Exhibición De Baile Moderno Y Taekwondo Concurso De Tortillas Y Torneo De Fútbol Sala Infantil. Por La Noche, Concurso De PLAY-BACK, De KARAOKE. PEÑA TRYADE Y DISCO MÓVIL.

El Sábado Será El Día De Recibir A Los Forasteros Hermanados Desde Galicia, Con El Recibimiento Al Pueblo De Tui Y Firma De Un Convenio Intercultural Entre Ambos Ayuntamientos En La Iglesia De San Martín. A Las Dos, PAELLA GIGANTE Y A Las 3, Comida De Fraternidad Entre Ambos Pueblos En El Colegio Público Comarcal “Pablo Sáenz”. El Domingo, XXIII TROFEO DE CICLISMO “VILLA DE FRÓMISTA” Y A Las 12:00, Santa Misa Y Cambio De Vitor Acompañado Por Los Danzantes De Frómista Y El Grupo Folclórico De Tui Y Por La Noche, Verbena Amenizada Por La ORQUESTA V-AVENIDA.

Así que ahí estaba yo viendo pasar el Ole en la acera de la calle, la procesión cívica más singular que existe. Con el Vitor por delante, esta

manifestación parece que data del siglo XVIII, de cuando la reliquia del Santo llegó al pueblo. El Mayordomo presidirá el domingo un año más la marcha desde San Pedro hasta la casa del Santo, con el Ayuntamiento en Pleno, su alcalde y el resto de las autoridades locales. Y hacia allá que se van. El Ole es un empeño de todo un pueblo por vincularse con las tradiciones, representado en el tesón de la Tía Majita, esa anciana corajuda y contrahecha que, luego lo supe, se empeñó en darle un nuevo impulso al Ole.

Que es la gran ocasión de la fiesta y que es la típica que si no la vives mejor no la cuentas porque seguro que la vas a contar mal. El Ole es la fiesta divertida por antonomasia. En que la gente no tiene por qué andar con melindres de la ropa o con cuidados del estilo. En el Ole la gente no tiene problemas de quedar bien o mal, porque al final lo importante es poder divertirse. Por eso quiero animarles a que participen en la fiesta porque resulta difícil de contar. Es fácil explicar que se lee un sermón burlesco desde la ventana de la casa donde nació Telmo es que es lo que es, sí o sí, les guste o no les guste a quienes lo protagonizan. Ajo y agua. Pero resulta difícil explicar cómo funciona la procesión si no se vive y no se protagoniza. Quiero invitarles a que lo hagan y que, hagan lo que yo, que vuelvan los forasteros a Frómista y lo hagan para disfrutar. Esta cerca de todas partes. Se respira aire puro y la gente es maja. Hay experimentado un cambio espectacular en su fisonomía y tiene vocación de supervivencia y planes de futuro. Residentes en el pueblo e hijos de la localidad que vuelven siempre que pueden han construido casas hermosas y confortables. En mayo tienen pensado abrir los tramos de autovía entre Frómista y Palencia. Tenemos el monumento más visitado de la provincia, la hermosa iglesia de San Martín. Y tenemos todo el tiempo del mundo. Que disfruten de la fiesta, de los danzantes, de las dulzainas, de los chiborras, Y como dice la canción: “Al Glorioso San Telmo tengo que adorar/ en sus andillas nuevas le han de colocar/ y para venerarle le han de predicar/ un fraile dominico que es de la hermandad”.

IGNACIO FERNÁNDEZ SOBRINO